

Internáronse ambos en el bosque, en cuyas revueltas se extinguieron sus voces poco á poco; algunos instantes despues solo se oía el ruido de los pasos de dos caballos que se alejaban.

XXXV.

juramento llevan hecho,
todos juntos á su voz,
de no volver á Castilla
sin el conde su señor.
La imagen suya de piedra
llevan en un carreton,
resueltos, si atrás no vuelve,
de no volver ellos, non,
y el que paso atrás volviere
que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos
en señal que se juró.
Acabado el homenaje
pusiéronle su pendonje.
.....

Desierta dejan á Búrgos
y pueblos alrededor:
solo quedan las mujeres
y aquellos que niños son:
tratando van del concierto,
del caballo y del azor;
se ha de hacer libre á Castilla
del feudo que dá á Leon;
y antes de entrar en Navarra...
(ROMANCIERO.)

Durante el diálogo del capítulo anterior, en uno de los bosques contiguos al lago Smiasen, los rebeldes, divididos en tres columnas, salieron de la mina de plomo de Apsyl-Corh, por la entrada principal que se abre de plano sobre un camino hondo.

Ordener, que deseaba ir con Kennybol, fué destinado á la division de Norbith; al principio solo vió una larga procesion de antorchas, cuyas llamas, luchando con los primeros albores del dia, reflejaban en las hachas, en las horquillas, en los azadones, en masas erizadas de puntas de hierro, en enormes martillos, en picas y en todas clases de armas groseras que el trabajo puede suministrar á la rebelion, y que brillaban entre otras armas regulares, anunciando que era tambien una conspiracion de mosquetes, lanzas, sables, carabinas y arcabuces. Luego que salió el sol y que la luz de las antorchas solo fué ya una masa de humo, pudo observar Ordener el aspecto de aquel extraño ejército, que avanzaba en desórden, y del que salían cantos roncós y gritos salvajes; ejército semejante á una bandada de hambrientos lobos que vá á la conquista de un cadáver. Componíase dicho ejército de tres divisiones, ó mejor dicho, de tres hordas. Iban á la cabeza los montañeses de Kole, mandados por Kennybol, al que se asemejaban todos en sus trajes de pieles y hasta en el continente impávido y feroz. Seguían á éstos los jóvenes mineros de Norbith y del viejo Jonás, con sus sombrerotes, los pantalones

anchos, los brazos completamente desnudos y las caras negras, que volían hácia el sol, mirando estúpidamente. Esas partidas llevaban en alto, flotando en perpétuo movimiento, banderas de color de fuego, que tenían escritas las siguientes divisas: *Viva Schumacker! ¡Libertemos á nuestro libertador! ¡Libertad á los mineros! ¡Libertad al conde de Griflenfeld! Muera Guldenlew! ¡Muera los opresores! Muera el conde de Ahlefeld!* Eran esas enseñas para los rebeldes más una carga que un ornamento, y se las pasaban de mano en mano cuando se cansaban los porta-estandartes, ó querían confundir el són discordante de sus trompas con las salmodias y vociferaciones de sus compañeros.

Componían la retaguardia de aquel extraño ejército diez carretones tirados por reñiferos y por asnos, destinados sin duda para llevar las municiones, y á la vanguardia iba el gigante que hizo pasar Hacket por el famoso bandido, que marchaba solo, armado de una maza y un hacha; detrás de él seguían con cierto temor las primeras filas, que mandaba Kennybol, el que no apartaba la vista del coloso, acaso esperando seguir á su diabólico jefe en las diversas transfiguraciones por las que se le antojara pasar.

Así descendía ese torrente de rebeldes, con rumor confuso y llenando los bosques de pinos con el sonido de la trompa de las montañas del Drontheimnus septentrional. Muy pronto le engrosaron las partidas de Sund-Moer, de Hubfallo, de Kongsberg y la de los herreros del Smiasen, la que ofrecía singular contraste con el resto de los insurgentes. La componían hombres altos y fuertes, armados con pinzas y con martillos, que traían por coraza anchos mandiles de cuero, llevando por enseña una larga cruz de madera; marchaban gravemente y á compás, con regularidad religiosa más que militar, sin entonar más canto de guerra que el de los salmos y el de los cánticos de la Biblia. Su jefe llevaba la cruz é iba delante de ellos, sin armas.

Ese extraño ejército no encontró ni un solo hombre durante su marcha: al verle, el pastor metía el ganado en una caverna y el aldeano emigraba de su aldea; porque en todas partes son lo mismo los habitantes de las llanuras y de los valles: unos y otros temen tanto al cuerno de los arqueros como á una compañía de bandidos.

Cruzaron así los rebeldes colinas y

bosques, pasando por alguno que otro pueblo; siguieron caminos de traviesa, en los que encontraron más huellas de fieras que pisadas de hombre; costearon lagunas, atravesaron torrentes, barrancos y pantanos. Ordener desconocía todos los sitios por donde pasaron; solo una vez vió á lo lejos, en el horizonte, la forma vaga y azulada de un gigantesco peñon encorvado. Acercóse á uno de sus groseros compañeros de viaje y le preguntó:

—¿Qué peñon es aquel que está allá abajo, al Sur, á la derecha?

—Es el Cuello del Buitre, el peñon de Oelme, le respondieron.

Ordener suspiró profundamente.

XXXVI.

Hija mía, Dios te guarde
y te dé su bendición.
(RÉGNIER.)

Mona, papagayos, peines y cintas estaban preparados en casa de la condesa de Ahlefeld para recibir al teniente Federico. Su madre había hecho traer de Francia á toda costa la última novela de la señorita Scudery y la había hecho encuadernar en tafilete con manecillas de oro cincelado y la colocó, entre frascos de esencias, sobre el elegante tocador de piés dorados con que adornó la condesa el futuro gabinete de su querido hijo. Cuando acabó de recorrer el círculo de sus atenciones maternas, que la distrajerón un momento, volvió á ocuparse en perjudicar cuanto pudiese á Schumacker y á Ethel, que los aborrecía. La ausencia del general Levin se los entregaba sin defensa.

De algun tiempo á esta parte habían pasado en el castillo de Munckholm multitud de cosas de las que ella solo pudo adquirir noticias vagas. ¿Quién era el rústico que, según las palabras ambiguas é incoherentes de Federico, consiguió que le amase la hija del ex-canciller? ¿Qué clase de relaciones mediaban entre Ordener y los prisioneros de Munckholm? ¿Cuáles eran los incomprensibles motivos de la ausencia de Ordener, precisamente en el momento en que los dos reinos se ocupaban de su próximo matrimonio con Ulrica de Ahlefeld, que él parecía que desdeñaba? ¿Qué pasó en la conferencia que tuvieron el general Levin y Schumacker?... La imaginación de la condesa se perdía en un mar de conjeturas, y por fin resolvió, para poner en claro todos esos misterios, ir en persona á Munckholm, consejo que le da-

ban á la vez su curiosidad de mujer y sus intereses de enemiga.

Una tarde, que estaba sola Ethel en el jardín del castillo y acababa de grabar, por sexta vez, con el diamante de una sortija, no sé qué cifra misteriosa sobre el negro pilar de la poterna que vió desaparecer á Ordener, abrióse de repente aquella puerta. La jóven se estremeció, porque era la primera vez que la poterna se abría desde el dia en que se cerró tras él.

Una mujer alta, pálida, vestida de blanco, estaba delante de Ethel, dirigiéndola dulce sonrisa, como miel emponzoñada, y una mirada serena y afectuosa, tras de la que se traslucía la expresion del ódio, del despecho y de la admiracion involuntaria.

Ethel la contemplaba con asombro, casi con miedo. Despues que su anciana nodriza murió en sus brazos, era aquella dama la primera mujer que veía en su sombrío encierro de Munckholm.

—¿Hermosa niña, la preguntó con dulzura, sois la hija del prisionero de Munckholm?

Ethel no fué dueña de no volverla la cabeza; había algo en su alma que no simpatizaba con la desconocida, y la pareció venenoso el aliento que acompañaba aquella dulce voz. Al fin respondió:

—Me llamó Ethel Schumacker: mi padre dice que cuando estaba en la cuna me llamaban condesa de Tonsberg y princesa de Wollin.

—Eso os dice vuestro padre? gritó la recién llegada con un acento que reprimió en seguida. Despues añadió:

—Habeis sufrido muchos infortunios?

—La desgracia me recibió al nacer en sus brazos de hierro, respondió la noble prisionera, y mi padre dice que no me abandonará hasta la muerte.

Pasó una sonrisa por los labios de la condesa y dijo con acento compasivo:

—¿Y no os quejais de los que os han sepultado en este calabozo? ¿No maldicís á los autores de vuestros infortunios?

—No, porque tememos que nuestras maldiciones atraigan sobre ellos males semejantes á los que nos han hecho sufrir.

—¿Y conoceis á los autores de vuestra desgracia?

Reflexionó Ethel un momento y dijo:

—Todo lo que nos ha su cedido fué por voluntad del cielo.

—¿Vuestro padre no os habla nunca del rey?

—Del rey?... por él rezo todos los días sin conocerle.

No comprendió Ethel por qué se mordía los labios la condesa al oír su contestación.

—¿Vuestro desgraciado padre no os nombra nunca, en su cólera, á sus implacables enemigos el general Arensdorf, el obispo Spollison y el canceller Ahlefeld?

—No conozco á esas personas de quien me habláis.

—Tampoco conocéis al general Levin?

El recuerdo de la escena que pasó la antevíspera entre el gobernador de Drontheim y Schumacker estaba tan reciente en la memoria de Ethel, que llamó su atención el nombre del general Levin.

—Levin de Kund? dijo; me parece que es un hombre al que mi padre profesa estimación y afecto.

—De veras? exclamó la condesa.

—Sí, volvió á decir la jóven; Levin de Kund es un noble señor al que mi padre defendía con mucho calor contra el gobernador de Drontheim.

—Contra el gobernador de Drontheim? Os queréis burlar de mí, y hacéis mal, porque me intereso por vosotros. ¿Vuestro padre defendía al general Levin contra el gobernador de Drontheim?

—Al general... me parece que era capitán... pero no... teneis razon. Mi padre, prosiguió Ethel, manifestaba tanto cariño á ese general como ódio al gobernador de Drontheim.

—Extraño misterio! dijo para sí la condesa, cuya curiosidad aumentaba por instantes.—Hija mia, ¿qué pasó entre vuestro padre y el gobernador de Drontheim?

Este interrogatorio fatigaba á la pobre Ethel, que miraba fijamente á la desconocida.

—¿Soy acaso criminal para que me interrogéis así?

Estas sencillas palabras pasaron á la condesa como si se le escapara de las manos el fruto de sus artificios; prosiguió, sin embargo, con voz trémula:

—No me hablaríais así si supierais para qué y por quién vengo.

—Cómo? contestó Ethel; ¿venís de su parte? me traéis algun mensaje suyo?

Diciendo esto coloreaba la sangre su lindo rostro y su seno se hinchaba de inquietud y de impaciencia.

—De parte de quién? preguntó la otra.

La doncella se detuvo en el momento de pronunciar el nombre de su adorado, porque vió brillar en los ojos de la des-

conocida un destello de alegría siniestra que le pareció un rayo del infierno. Luego dijo con tristeza:

—No sabeis de quién os hablo.

La expresion de otra esperanza burlada se pintó por segunda vez en el afectuoso semblante de la condesa.

—Pobre niña! dijo, ¿qué podré yo hacer por vos?

Ethel no escuchaba á la condesa. Su pensamiento seguía al aventurero más allá de las montañas del Septentrion. Inclino la cabeza sobre su seno y cruzó las manos con involuntario movimiento.

—¿Espera vuestro padre salir de la prision?

Esta pregunta, repetida dos veces por la noble dama, hizo volver en sí á Ethel.

—Sí, dijo, y una lágrima se asomó á sus ojos.

Esta respuesta reanimó á la desconocida.

—Espera salir? ¿por qué medios y cuándo?

—Espera salir de la prision porque espera salir de la vida.

Tiene algunas veces el sencillo candor de un alma tierna y jóven tal poder de fascinación, que se burla de las astucias del corazon envejecido en la maldad. Este pensamiento debió agitar profundamente á la condesa, porque varió de repente la expresion de su fisonomía y, posando la mano fria sobre el brazo de Ethel, la dijo:

—Escuchadme; ¿habeis oido decir que la vida de vuestro padre se vé otra vez amenazada por otra causa criminal, porque se sospecha que ha fomentado una rebelion entre los mineros del Norte?

Las palabras *causa criminal y rebelion* no presentaban á Ethel una idea clara.

—Qué queréis decir? preguntó fijando en la noble dama sus grandes ojos negros.

—Que vuestro padre conspira contra el Estado, que ya está casi descubierto su crimen y que éste se castiga con la pena de muerte.

—Crímen! muertel!... gritó la pobre niña.

—Crímen y muerte, contestó gravemente la condesa.

—Mi padre! mi noble padre! exclamó Ethel; Dios mio, él, que pasa la vida oyendo leer el *Edda* y el Evangelio! ¿él conspirador! quién os lo ha dicho?...

—No me mireis así, porque, lo repito, no soy enemiga vuestra. Vengo únicamente á advertiros que sospechan un crimen en vuestro padre, y en vez de

vuestro enojo, quizás yo tendria derecho á vuestra gratitud.

Este reproche conmovió á la generosa Ethel.

—Perdon, noble señora, perdon! Hasta ahora no hemos visto ningun sér humano que no fuese enemigo nuestro. Perdonadme si he desconfiado de vos.

La condesa sonrió.

—¿Nunca habeis encontrado ni un solo amigo?

Ruborizose Ethel; vaciló en contestar un instante, y despues dijo:

—Sí... Dios sabe la verdad. Hemos encontrado un solo amigo, uno solo.

—Uno solo? respondió impetuosamente la condesa. Nombrádmelo... no podeis imaginaros de cuánta importancia es que yo lo sepa para la salvacion de vuestro padre. Quién es ese amigo?

—Lo ignoro, contestó Ethel.

La condesa palideció.

—Quiero serviros y os burlais de mí? Pensad que se trata de la vida de vuestro padre. Decidme, por Dios, quién es ese amigo.

—El cielo sabe, noble señora, que solo conozco de él el nombre; se llama Ordener.

Ethel le pronunció con la repugnancia que se experimenta al decir delante de un indiferente el nombre sagrado que despierta en nosotros el amor.

—Ordener! Ordener! repitió la condesa con extraña emocion, mientras que sus dedos manoseaban violentamente el blanco encaje de su velo. ¿Y cómo se llama su padre? preguntó con voz balbuciente.

—No lo sé, la respondió la jóven. ¿Qué me importan su padre ni su familia!... Ordener es el más generoso de los hombres, y esto me basta.

El acento que acompañó á esas palabras descubrió enteramente á la penetración de la condesa todo el secreto del corazon de Ethel.

Serenose aquella y preguntó á la jóven prisionera, sin separar de ella sus penetrantes ojos:

—¿Habeis oido hablar del próximo matrimonio del hijo del virey con la hija del gran canceller, conde de Ahlefeld?

Preciso fué repetir esta pregunta para fijar la atención de Ethel en lo que no parecia que la interesaba.

—Creo que sí, fué todo lo que ésta contestó.

Su tranquilidad, su indiferencia asombraron á la noble dama, que insistió, preguntando:

—Y qué os parece esa boda?

—Nada; que deseo que el cielo les conceda la felicidad, contestó Ethel, sin que sufriese su fisonomía la menor alteración.

—Los condes Guldenlew y Ahlefeld, padres de los novios, son los grandes enemigos de Schumacker.

—No por eso dejo de desear que sea dichosa la union de sus dos hijos.

—Una idea me ocurre, prosiguió diciendo la astuta desconocida: si corriese peligro la vida de vuestro padre, podríais, con motivo de esas famosas bodas, obtener su perdon por medio del hijo del virey.

—El cielo os recompensará sin duda el interés que os tomáis por nosotros; pero yo, ¿cómo he de hacer llegar mis súplicas hasta el hijo del virey?

Pronunció Ethel estas palabras de tan buena fé, que la condesa no pudo reprimir un movimiento de asombro.

—Pues no le conocéis?...

—Conocer yo á un señor tan poderoso? ¿No sabeis que jamás he salido de esta fortaleza?

—No puede ser; debeis haber visto al hijo del virey, porque ha estado aquí, contestó la condesa.

—Es posible que así sea; pero de todos los hombres que aquí vienen, yo solo he visto á mi Ordener.

—A vuestro Ordener! exclamó la desconocida. Y luego continuó, sin fijarse en que Ethel se ruborizaba:—¿Conoceis á un jóven de rostro noble, de elegante estatura, de porte gallardo y airoso? Sus ojos son cariñosos y austeros, su tez blanca como la de una mujer, el cabello castaño...

—Oh! exclamó la pobre Ethel, es él! Es mi prometido! Mi adorado Ordener! Decidme, noble señora, ¿me traéis noticias suyas? Dónde le habeis visto? Os ha dicho que se dignaba amarme, ¿no es verdad? ¿Os ha dicho que yo le quiero más que á mi vida? Ay! esta desgraciada prisionera no tiene en el mundo más que su amor. No hace aun ocho días que le ví en este mismo sitio, embozado en su capa verde, bajo la que late un corazon tan generoso, y con la pluma negra que graciosamente se mecía sobre su frente...

No acabó de hablar Ethel, porque la condesa temblaba; se puso pálida primero y encendida despues, y exclamó con voz de trueno, acercando la cara á la de la inocente prisionera:

—Desgraciada! ¿Amas á Ordener Guldenlew, el futuro esposo de Ulrica de

Ahlefeld, el hijo del mortal enemigo de tu padre, el hijo del virey de Noruega! Ethel cayó al suelo desvanecida.

XXXVII.

CAMPOLICAN.
Pisad de suerte que la misma tierra no sienta las pisadas, conocidas del viento algunas veces en la guerra, porque en la blanca yerba detenidas, apenas llegan á estamparse en ella.

pues no siendo sentidos, os prometó que volveremos victoriosos de ella.

TUCAPEL.
Llegado habemos todos con secreto al español alojamiento... cubrió la noche con su oscuro manto la esclarecida lámpara del día.

RENGO.
Ellos duermen; qué aguardas precauciones?
OROMPELLO.
Válgame el cielo si nos han sentido!
(LOPE DE VEGA.—Aranco domado.)

—Sabeis, antiguo compañero Guldon Stayper, que la brisa de la noche empieza á azotarme la cara con los pelos de la gorra?

Esto decía Kennybol, que, separando un momento la vista del gigante, que caminaba á la cabeza de los insurrectos, volvió la cara hácia uno de los montañeses que los azares de una marcha desordenada habian colocado cerca de él.

Este meneó la cabeza y pasó al hombro izquierdo la bandera que llevaba sobre el derecho, lanzando un suspiro de cansancio.

—Creo, mi capitán, que en estas malditas gargantas del Pilar Negro, en las que el viento se precipita como un torrente, no tendremos tanto calor como una llama que baila sobre las áscuas.

—Tales hogueras habremos de encender, que despertaremos á las lechuzas en lo alto de las rocas, en sus palacios de ruinas. No me gustan esos avechuchos desde la noche que ví á la bruja Ubfem, que tomó la forma de lechuza.

—Por el alma de San Silvestre! exclamó Guldon Stayper volviendo la cabeza; ¡valientes aletazos nos envía el ángel de los vientos! Si se sigue mi opinión, capitán Kennybol, encenderemos todos los pinos de una montaña; que, por otra parte, será un gran espectáculo ver á un ejército calentándose con el fuego de todo un bosque.

—No lo quiera Dios, amigo Guldon! y los corzos? y los halcones? y los faisanes? Cocer la caza, santo y bueno; ¡pero quemarla!...

El viejo Guldon se echó á reír.

—Siempre sereis, capitán, el mismo demonio Kennybol, el lobo de los corzos, el oso de los lobos y el búfalo de los osos.

—¿Nos falta mucho para llegar al

Pilar Negro? preguntó uno de los cazadores.

—Compañero, le respondió Kennybol, al caer la noche entraremos en las gargantas; de aquí á un momento llegaremos á las Cuatro Cruces.

Reinó un instante de silencio, durante el que solo se oyó el ruido multiplicado de los pasos, el gemido de la brisa y el canto lejano de la partida de los herberos del lago Smiasen.

—Compañero Guldon, le dijo Kennybol, me han dicho que acabas de pasar algunos días en Drontheim.

—Sí, mi capitán; mi hermano Jorge, el pescador, estaba enfermo y fui á reemplazarle en su barca durante algún tiempo, para que su pobre familia no muriese de hambre mientras él moría de enfermedad.

—Puesto que venís de Drontheim, habreis tenido ocasion de ver al conde prisionero... Schumacker... Glesfeur... ¿qué sé yo cómo se llama... en fin, al conde en cuyo nombre nos rebelamos contra la tutela real, y del que llevais sin duda el escudo de armas bordado en esa bandera de color de fuego.

—Que por cierto es muy pesada, añadió Guldon.—¿Me preguntais, sin duda, por el prisionero del castillo de Munckholm? Y ¿cómo quereis, capitán, que le haya visto? Hubiera necesitado, para verle, añadir bajando la voz, tener los ojos de ese demonio que vá delante de nosotros—y eso que deja olor de azufre;—los ojos de ese Han de Islandia, que ven al través de las paredes, ó poseer el anillo de la hada Mab, para pasar como ella por el agujero de una cerraja. Estoy seguro que no hay entre nosotros más que un solo hombre que haya visto á ese conde.

—Uno solo! el señor Hacket?... pero Hacket no está ahora entre nosotros. Anoche nos dejó para volver...

—No hablo del Sr. Hacket, mi capitán.

—Pues de quién?

—De ese jóven de la capa verde y de la pluma negra que se nos apareció anoche.

—Sí?...

—Sí, dijo Guldon, acercándose á Kennybol; ese conoce á dicho conde como os conozco yo á vos.

Kennybol miró á Guldon, guiñó el ojo izquierdo, haciendo chasquer los dientes, y le tocó en la espalda, diciendo con la exclamación triunfal que se escapa á nuestro amor propio cuando estamos satisfechos de nuestra penetración:

—Ya lo sospechaba yo!

—Sí, capitán, prosiguió Guldon, pasando al otro hombro el estandarte de color de fuego; os aseguro que ese jóven ha visto al conde en el mismo castillo de Munckholm, y que daba tanta importancia á entrar en dicha prision, como nosotros la damos á penetrar en un parque real.

—Y eso cómo lo sabeis, Guldon?

El viejo montañés cogió por el brazo á Kennybol, y luego, entreabriendo su piel de nutria, con precaucion casi cautelosa le dijo:

—Mirad!

—¡Por mi santo patron, exclamó Kennybol, que eso brilla como un diamante!...

En efecto, Guldon llevaba atada en el grosero cinturón una magnífica presilla de diamantes.

—Tan cierto es que esto son diamantes, como que la luna está á dos jornadas de la tierra y que el cuero de mi cinturón es de búfalo.

La fisonomía de Kennybol pasó de la admiración á la severidad; inclinó la vista y dijo con acento de solemnidad salvaje:

—Guldon, tu padre Medprath Stayper murió de ciento dos años sin tener nada que reprocharse, porque no puede llamarse pecado el matar por inadvertencia un gamo ó un ciervo de rey. Vos habeis cumplido ya cincuenta y siete años, edad avanzada, que solo es juventud para el buho, y prefiriera para vuestra salvación que los diamantes de esa presilla fueran otros tantos granos de mijo si no los habeis adquirido legítimamente, legítimamente como el faisán real adquiere la bala de plomo del mosquito.

Habia en el acento del jefe montañés, al hacer esta singular amonestación, parte de unción y parte de amenaza.

—Tan seguro como sois el más valiente cazador de Kole, respondió Guldon sin inmutarse, es que estos diamantes son verdaderos y que los poseo como legítima propiedad.

—De veras! contestó Kennybol con una inflexión de voz que participaba de la confianza y de la duda.

—Dios y mi santo patron saben, insistió diciendo Guldon, que una tarde, en el mismo momento en que indicaba el camino del Spladgest de Drontheim á dos hombres que llevaban el cadáver de un oficial, encontrado en las playas de Urchtal—hace ya cerca de ocho días,—

se llegó un jóven á mi lancha y me dijo: —“A Munckholm.”—No me gustó esa idea, porque al pájaro no le gusta volar alrededor de la jaula; sin embargo, como el jóven tenia traza de ser gran señor, porque iba detrás de él su criado que llevaba dos caballos de la brida, saltó á mi barca con aire de autoridad y yo tomé mis remos, es decir, los remos de mi hermano. Mi buen ángel quiso que esto sucediera. Luego que llegamos á la fortaleza, el noble jóven, apenas hubo dicho algunas palabras al sargento que estaba de guardia en el castillo, me arrojó á la lancha para pagarme—Dios lo sabe, mi capitán—este cintillo de diamantes que os acabo de enseñar, y que hubiera pertenecido á Jorge y no á mí, si al tiempo de alquilarme la lancha no hubiera estado sustituyendo á mi hermano. Esta es la verdad, capitán Kennybol.

—Entonces son tuyos.

Poco á poco la fisonomía del jefe adquirió toda la serenidad de expresión que le permitia su natural sombrío y duro, y preguntó á Guldon con voz más suave:

—¿Y estais seguro de que ese jóven sea el que viene con nosotros y vá en la división de Norbith?

—Es el mismo: entre cien semblantes reconoceré el del hombre á quien debo la fortuna. Además, lleva la misma capa verde y la misma pluma negra.

—Os creo, Guldon.

—No me cabe duda de que iba á ver al ilustre prisionero, porque á no ser por algún gran misterio, no hubiera recompensado de aquel modo al barquero que le hizo cruzar el golfo. Y hasta creo, mi capitán, que ese jóven debe tener más influjo con el conde que vamos á liberar que el señor Hacket, que no le creo capaz, por mi vida, más que de maullar como un gato montés.

Kennybol hizo con la cabeza un signo expresivo.

—Decís, compañero Guldon, lo mismo que yo pensaba de él. Y de seguro que obedecería con más gusto en este negocio á ese noble jóven que al emisario Hacket; y creo que nuestro jefe, ese demonio de islandés, más se lo debemos á ese desconocido que al otro.

—Yo también lo creo, mi capitán.

Abria la boca Kennybol para responder, cuando sintió que le daban un golpecito en el hombro; volvió la cara y vió que era Norbith.

—Kennybol, le dijo, nos han vendido!

Gormon Woestrem viene del Sur. Todo el regimiento de los arcabuceros viene contra nosotros. Los hulanos de Slesvig están en Sparbo; tres compañías de dragones dinamarqueses esperan caballos en la aldea de Levig. En todo lo largo del camino ha visto más casacas verdes que matas. Démonos prisa en llegar á Skongen y no nos detengamos un momento hasta entrar en la ciudad. En ella al menos nos podremos defender. Lo peor es que cree haber visto brillar mosquetes por entre los matorrales, al pasar por las gargantas del Pilar Negro.

El joven caudillo estaba pálido y agitado; sin embargo, la mirada y el sonido de su voz anunciaban aun audacia y resolución.

—Imposible! exclamó Kennybol.

—Seguro, seguro, repitió Norbith.

—Pero y el señor Hacket?

—Es un traidor ó un cobarde. Es cierto lo que te digo. ¿Por dónde andará ese maldito Hacket?

Llegóse en aquel momento á los dos jefes el viejo Jonás: por el desaliento profundo, impreso en todas sus facciones, era fácil de comprender que estaba enterado de la fatal noticia.

Encontráronse las miradas de los dos viejos, Jonás y Kennybol, y ambos movieron la cabeza como impulsados por un acuerdo comun.

—Qué hacemos, Jonás? ¿Qué hacemos, Kennybol? preguntó Norbith.

Se pasó con cachaza la mano por la frente arrugada el caudillo de los mineros de Fa-roër y respondió en voz baja á la mirada del jefe de los montañeses del Kole:

—La noticia es cierta, por desgracia. Gormon Woestrem los ha visto.

—Pues siendo así, dijo Kennybol, ¿qué hacemos?

—Qué hacemos?... replicó Jonás.

—Creo que no haríamos mal en detenernos.

—Ni tampoco si volviéramos atrás.

—Detenernos? volver atrás? exclamó Norbith. Es preciso seguir adelante!

Fijaron los dos viejos la mirada fria y atónita en el joven.

—Avanzar! exclamó Kennybol; ¿y los arcabuceros de Munckholm?

—Y los hulanos de Slesvig? dijo Jonás.

—Y los dragones dinamarqueses? repuso Kennybol?

—Y la tutela real? exclamó Norbith, dando en el suelo una terrible patada; ¿y mi madre, que se muere de hambre y de frio?...

—Demonio de la tutela real! dijo el minero Jonás con estremecimiento convulsivo.

—Qué importa! exclamó el montañés Kennybol.

Tomó Jonás á Kennybol la mano y le dijo:

—Compañero, eres cazador y no tienes la honra de ser pupilo de nuestro glorioso soberano Christiern IV. ¡Ojalá que el santo rey Olao, que está en el cielo, consiga librarnos de esta tutela!

—Pide ese beneficio á tu sable, le contestó Norbith con voz sombría.

—Poco cuesta á la juventud pronunciar palabras atrevidas, compañero Norbith, le respondió Kennybol; pero ten presente que si seguimos adelante, todas esas casacas verdes...

—Lo que tengo presente es que si volvemos á nuestras montañas como la zorra que huye del lobo, se han conocido ya nuestra rebelion y nuestros nombres, y morir por morir, prefiero que me mate la bala de un arcabucero á la cuerda del patíbulo.

Movió Jonás de alto á bajo la cabeza como manifestando su adhesion.

—Diablo! ¡La tutela para nuestros hermanos y la horca para nosotros! No está fuera de razon lo que dice Norbith.

—Dame la mano, valiente Norbith, le dijo Kennybol; por ambas partes hay peligro, y vale más ir á él de cara que de espaldas.

—Vamos, pues! exclamó el viejo Jonás, echando mano á la empuñadura del sable. Adelante!

Norbith le apretó la mano afectuosamente.

—Hermanos, escuchad! Sed arrojados como yo, que yo seré prudente como vosotros. No nos detengamos hasta llegar á Skongen; la guarnicion allí es débil y acabaremos con ella. Pasemos, ya que no hay otro remedio, los desfiladeros del Pilar Negro, pero con el más profundo silencio. Preciso es pasarlos, aunque esté en ellos el enemigo.

—Creo que los arcabuceros no habrán llegado aun al puente de Ordals, que está antes de llegar á Skongen... pero de todos modos... silencio!

—Es cierto: de todos modos silencio, repitió Kennybol.

—Ahora, Jonás, repuso Norbith, volvamos ambos á nuestros puestos. Puede que mañana lleguemos á Drontheim, á pesar de los arcabuceros, de los hulanos, de los dragones y de todas las casacas verdes del Mediodía.

Separáronse los tres jefes. Pronto la palabra de orden, *silencio*, pasó de fila en fila; y el ejército de rebeldes, tan tumultuosos momentos antes, pasó por aquellos desiertos, que ennegrecian las pardas sombras del crepúsculo, como una bandada de fantasmas mudos que pasea sin ruido por los senderos tortuosos de un cementerio.

Iba entre tanto estrechándose por momentos el camino que seguian, y que se internaba por grados entre murallas de peñascos, cada vez más escarpados. En el instante en que apareció la luna amarillenta, saliendo de un monton de nubes, que desplegaban en torno de ella sus caprichosas formas, Kennybol, inclinándose hácia Guldon, le dijo:

—Vamos á entrar en el desfiladero del Pilar Negro. Silencio!

En efecto, se oía ya á lo lejos el rumor del torrente que sigue entre las dos montañas todos los recodos del camino, y ya hácia el Mediodía, la enorme pirámide oblonga de granito llamada *El Pilar Negro* se dibujaba sobre el gris del cielo y sobre la nieve de las montañas vecinas, mientras que el horizonte del Oeste, cargado de espesas nieblas, tenia por límites la extremidad del bosque de Sparbo y un largo anfiteatro de rocas talladas en forma de gradas, como si hubiesen de servir de escalera para gigantes.

Los insurgentes, precisados á estrechar sus columnas en aquellos caminos tortuosos, ahogados entre dos montañas, continuaron su marcha y penetraron en aquellas gargantas profundas sin encender hachas y haciendo el menor ruido posible. Ni siquiera se oía el rumor de sus pasos en medio del estruendo atornador de las cascadas y de los rugidos del vendaval, que estremecía los bosques drúidicos. La luz, casi siempre velada, de la luna se perdía en las profundidades sombrías del desfiladero, sin bajar hasta los hierros de las picas de los rebeldes; y las águilas blancas, que pasaban de vez en cuando por encima de sus cabezas, no sospechaban que tanta muchedumbre iba á turbar en aquellos momentos sus soledades.

Tocó el viejo Guldon el hombro de Kennybol con la culata de su carabina, diciéndole:

—Capitan! capitan! veo relucir algo detrás de aquellas matas.

—Tambien yo lo veo, le contestó éste; es el agua del torrente que refleja las nubes.

Siguieron adelante.

En otra ocasion detuvo Guldon bruscamente por el brazo á su jefe.

—Mirad, le dijo: ¿no os parece que son mosquetes aquello que brilla allá arriba, á la sombra de aquel peñon?

Kennybol movió la cabeza, y luego de reflexionar le contestó:

—Tranquilizaos, compañero Guldon. Es la luz de la luna que cae en un pico de hielo.

No volvió á presentárseles otro motivo de alarma, y las divisiones, desplegadas con orden por los recodos del desfiladero, olvidaron insensiblemente el peligro que les ofrecian aquellos sitios.

Al cabo de dos horas de marcha, casi siempre penosa, en medio de troncos de árboles y de grandes masas de granito que obstruian el camino, entró la vanguardia en el monstruoso bosque de pinos que termina la garganta del Pilar Negro, encima del que cuelgan gigantes rocas negras y musgosas.

Acercóse Guldon á Kennybol para decirle que se felicitaba de hallarse al fin á punto de salir de aquel maldito atolladero, y que era preciso darle las gracias á San Silvestre de que no les hubiera sido fatal el Pilar Negro.

Kennybol echóse á reir, jurando que él no participaba de esos terrores de viejas; la mayor parte de los hombres, cuando pasa el peligro, creen que no ha existido y procuran entonces probar con su incredulidad el valor que quizás no hubieran mostrado si hubiesen tenido que arrostrarlo.

En aquel instante dos luces redondas, semejantes á dos áscuas, que se movian entre las ramas de los matorrales, llamaron la atencion de Kennybol y de su anciano compañero.

—Por la salvacion de mi alma! dijo el capitan montañés en voz baja y sacudiendo el brazo de Guldon; ved cómo brillan en la oscuridad dos ojos de llama, que deben pertenecer al más soberbio gato montés que aulló jamás entre los jarales.

—Así es la verdad, respondió Guldon; y si no me constase que vá delante de nosotros, creeria que eran los ojos de demonio de Han de Islandia.

—Calla, le contestó Kennybol.

Armó la carabina y dijo:

—A fé mia que no ha de decirse que esa alhaja ha pasado impunemente por delante del mejor cazador de las montañas de Kole.

Salió el tiro, antes que Guldon pudiera